

## SIN NINGUNA IMPORTANCIA

**C**UANDO cesan los fríos nos llegan, además de copiosas erupciones más o menos molestas, unos grandes deseos de practicar a troche y moche el desnudismo. Claro es que para no descomponer la hilación de nuestras ideas no queremos hacer mención por ahora, de aquellos otros que, para nuestra tortura, exhiben en todas las épocas del año algunas Evas también más o menos neuróticas. Y algo más todavía. Sobre ese nuestro atávico afán, el deseo, nunca bien satisfecho, de aproximarnos al agua.

Ah, el agua, el agua. Precioso y preciso líquido que merecería infinitos elogios si no estuviera siempre en obscuro contubernio con todos los taberneros. Ah, el agua, el agua. Pero nosotros los pobrecitos clase media sin «haiga» y sin esperanza de renta alguna, la buscamos por esos pueblos de Dios con nuestras mejores ansias.

—Me han dicho que en la charca del Rosal hay muchas tencas.

Habrà que organizar alguna excursión, amigo Inda.

Y despaciosamente, con toda premeditación y alevosía —luego aparecerà la nocturnidad— comenzamos a buscarle la tragedia a aquellos animalitos.

Esperamos al plenilunio y hasta consultamos a nuestro don Mariano del Castillo que nos adelanta un pequeño pronóstico del tiempo. Fijada la fecha, todo es poco para darle los últimos toques a las cañas, al sombrero de paja y al bote de las lombri-es. Hasta en casa, yo creo que con excesiva ingenuidad, hay barruntos de preparar el aceite para el escabeche.

No hay que olvidarse de las fiambreras y tampoco es el caso de desairar los buenos oficios que nos brinda una hermosa bota manchega hecha a mejorar toda clase de tintorros. Mas como vamos unos cuantos, nunca estará de más el repuesto de una garrafa. Ah, y que no se deje atrás ni el cuenco de corcho ni las cucharas de cuerno que dan tan buen gusto al gazpacho rebosante de huevos cocidos, de cebolla y del dorado aceite. Yo pienso que porque una persona sea aficionada al gazpacho, no será motivo bastante para echarle por tierra su bien cimentada reputación.

Y una madrugada, alumbrados por una luna rechoncha y socarrona, salimos al campo como el rival de Don Nuño, ahora que sin llevar entre nuestras manos tan alta misión. Ni siquiera llevamos cabalgadura; vamos en un cansado automóvil de un buen amigo.

El hecho esencial es que al rayar el día, hemos tomado las orillas opuestas como si de aquella cenagosa charca se nos fuera a escapar

algún monstruo. Disponemos las cañas en forma de abanico, al estilo de una batería artillera que batiera nuestro frente, tiramos los sedales al agua con sus racimos de anzuelos bien cebados y nos disponemos a esperar pacientemente a que aclare para ver bien todas las picadas.

¡Ah: señores! Os aconsejo que vayáis a una charca y sentándoos a su orilla empecéis a contemplar el cielo. ¡Qué bellos pensamientos tendréis arrullados por la inefable sinfonía compuesta por el canto de las ranas, por el apasionado idilio de las tórtolas, por esas dos vibrantes notas contrapuestas con que el cuco perfora, hasta la lejanía, la paz emocionante de los campos! A la vista de tantas pequeñas aves, de tantos inocentes animales a quienes la primavera les transmitió su ardor y su indeclinable mandato, estad seguros de que olvidaréis muchas pequeñas miserias. Por lo pronto, olvidaréis, de un ramplón, esas misteriosas frases que os dedica vuestra incomparable consorte cuando a mediados de mes empiezan a derrumbarse las pocas perras que os quedan de la paga. El casero, el tendero, el sastre, el del autobús, a quienes siempre lo hemos considerado como una mansa confabulación para hacernos firmar la hoja de nuestros haberes que luego pasan silenciosamente a sus arcas, os parecerán simples serafines que tienen en este mundo esa misión como nosotros tenemos la nuestra. En fin, que seréis hombres nuevos y por eso os digo que bien merecen la pena echar dos o tres cañas en cualquiera charco. Y sobre estas sensaciones, la visión un poco rápida, como de una hoja áurea que saliendo a vuestro esfuerzo del agua en movimiento continuo viene a vuestras manos en forma de una menguada tenca, mientras que el otro anzuelo aviesamente se os ha agarrado a la solapa de la americana y no hay manera de desprenderlo. ¡Estupendo! ¡Estupendo!

Pero, aún nos queda una última prueba de valor. La verdad es que llevamos toda la mañana y sólo hemos podido pescar tres piezas. Quizás sea mejor hacer la pesca sobre una pequeña lancha en medio de la laguna. Sí, sí; a nuestra mente acuden los mejores episodios de nuestros descubridores y sólo recordando a estos héroes podemos resignarnos a dejarnos llevar adentro de las aguas. Cada vez que el hombre de los remos se inclina a uno u otro lado, o se pone de pie, la lancha, estrecha y larga, tiene unos movimientos como para pedir socorro. Mi amigo y compañero de embarcación, no hace más que pescar y tirar fotografías; yo lo admiro en mi miedo cervical, pero, ¡caramba! también sabe nadar perfectamente, y yo con uno ochenta de fondo estoy listo para que me extiendan el acta de defunción.

Por fin, salimos. Dos tencas más, pero yo experimento una alegría que no creo fuera mucho más grande la que debieron sentir Colón y sus huestes al pisar tierra. Después de un breve descanso, nos reunimos bajo la sombra protectora de una hermosa encina. En seguida, las fiambreras nos ofrecen sus sabrosas provisiones que vamos consumiendo cómodamente recostados sobre la fresca yerba y rociándolas a menudo con un rico mosto casero, por lo que nuestro

anfitrión escucha nuestros mejores elogios. Pero, aún nos queda el gazpacho, ese sabrosísimo gazpacho extremeño hecho a la orilla de las charcas, muchas veces con su agua turbia un si es o no es cenagosa y donde las vacas, esos animalitos tan dóciles y tan bíblicos, hasta han estado rumiando el agua que han bebido. Os aseguro que todo ello es inolvidable.

Y no os digo nada si tenéis la suerte de traer os unas malarías para casa.

MARIANO E. CARDENAL

## SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestre de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.

2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.

3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.

4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.

6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.

7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo.

8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.

9.—*Poesías selectas de Angel Marina*, por Fray Enrique Escríbano.

10.—*Guía Histórico-Artística de Cáceres*, por Antonio C. Floriano Cumbreño.

11.—*De Extremadura, Retablo de poesía popular*, por Juan Solano.



ALBUM EXTREMENO.—Capilla de las reliquias en la Catedral de Coria.  
(Foto Mas)